

3

**LA HISTORIOGRAFÍA
COMO DISCURSO DISCIPLINAR**

**LA CONSTRUCCIÓN DE UN
ETHOS HISTORIOGRÁFICO EN
“EL MARXISMO OLVIDADO EN LA ARGENTINA”
DE HORACIO TARCUS**

Juan Pablo Giordano

el_giord@yahoo.com.ar /

Profesor en Historia. Facultad de Humanidades y Ciencias.
Universidad Nacional del Litoral (FHUC-UNL). Santa Fe. Argentina.

RESUMEN

La concepción de la historiografía como un discurso disciplinar particular ha tenido poca repercusión en la formación de los estudiantes de grado en Historia. Reflexionaremos sobre las posibles dificultades que enfrentan dichos estudiantes para comprender, incorporar, producir y socializar la *historia como discurso* y los textos específicos de la *cultura disciplinar* de pertenencia.

Para realizar un análisis exploratorio, elegimos *El marxismo olvidado en la Argentina* (1997), de Horacio Tarcus, sobre el que desarrollaremos una serie de *operatorias preliminares* que seleccionen dimensiones de análisis y que nos permitan construirlo como *caso instrumental*, siguiendo el modelo estratificado del contexto y del lenguaje propuesto por la lingüística sistémico-funcional.

Sostendremos las *hipótesis* de que (a) hallaremos correspondencia entre las selecciones discursivas que conforman el *ethos* y la posición en el espacio social del agente extratextual, y que (b) al variar el agente su posición social por trayectoria, variarán sus selecciones discursivas y el *ethos* que conforman.

PALABRAS CLAVE

- > discurso disciplinar
- > historiografía
- > ethos
- > trayectoria

ABSTRACT

Historiography as a specific disciplinary discourse has been the least important in the programs of study of students who major in history.

We consider the difficulties that these students face to understand, produce and socialize history as discourse and other specific texts that come from disciplinary culture of belonging.

In order to do an explorative analysis, we focus on *Forgotten Marxism* in Argentina (1997), by Horacio Tarcus, and we will do a series of preliminary operations that select dimensions of analysis that allow us to construe it as an instrumental case, according to the Systemic Functional Linguistics stratified model.

Our hypothesis is that a) we will find connections between the discourse selections that are part of the ethos and the position of the extratextual agent in social space and that b) if the agent varies its social position by trajectory, its discourse selections will change and so will the ethos.

KEYWORDS

- > disciplinary discourse
- > historiography
- > ethos
- > trajectory

INTRODUCCIÓN

La concepción de la historiografía como un espacio discursivo o discurso disciplinar particular, que englobaría sus propios géneros discursivos (en el contexto general de los discursos científico–académicos) ha tenido poca repercusión en la formación de los estudiantes de grado en Historia como futuros docentes y profesionales. Dado que la auto–reflexión implica para los estudiantes (en tanto futuros docentes y miembros competentes de una cultura académica específica) la revisión de la especificidad de los textos que leen y escriben, consideramos que le cabe al Análisis del Discurso Historiográfico un rol fundamental, para brindar un modo de trabajo que les permita a los estudiantes visibilizar y abordar las *habilidades de escritura/lectura* (aprendidas y/o por aprender) *propias de una matriz disciplinar y relacionadas de modo específico con la disciplina historiográfica*. Estas consideraciones revisten mayor relevancia si se considera que, a estas habilidades y saberes propios de la disciplina, subyacen una serie de hábitos académicos y críticos que operan como un *capital cultural* específico dentro del campo disciplinar, y por lo tanto entran en sintonía con el *currículum oculto* operante en las instituciones académicas de formación docente/profesional (cf. Ezcurra, 2011). En tanto este currículum oculto «no se enseña, pero se evalúa», condiciona no sólo la permanencia y el avance de los estudiantes de Historia en el sistema universitario, sino también la posterior transmisión de este capital cultural (en tanto capital incorporado) en las prácticas de enseñanza que realicen en otros niveles del sistema educativo.

Recuperando problemáticas relevadas en torno a la bibliografía sobre *alfabetización académica y escrituras disciplinares* (Carlino, 2005; Cubo de Severino, 2007; Natale, 2013; Navarro y Revel Chion, 2013), reflexionaremos sobre las posibles dificultades que enfrentan los estudiantes universitarios de Historia para comprender, incorporar, producir y socializar la *historia como discurso* y los textos específicos de la *cultura disciplinar* de pertenencia (Hyland, 2004), tanto en el ámbito académico de formación como en su proyección hacia otros niveles educativos donde se desempeñarán como docentes.

Una de las puertas de acceso a la problemática que elegimos es la teoría de géneros y registros que opera dentro de la lingüística sistémico–funcional (Martin y Rose, 2008) dado que, en ella, el *género discursivo* es tematizado como

un proceso/acción social que se realiza por medio del lenguaje, en situaciones particulares entre ciertos participantes y con fines específicos (cf. Bajtín, 2008; Natale, 2013: 9–10). El foco puesto en el género discursivo para pensar la enseñanza de la escritura científico–académica (cf. Hyland, 2003) —en el caso que nos ocupa, en la formación universitaria en Historia— contempla la ventaja de incluir simultáneamente las perspectivas de análisis centradas en las estructuras lingüísticas, en los contenidos y en las variación individual creativa (estilo), permitiendo ir de lo micro–discursivo (patrones textuales) a lo social (prácticas situadas de representación).

Al centrarnos en las realizaciones lingüísticas de acciones sociales, pretendemos imprimir a nuestro análisis un *enfoque estratégico* que habilite la reconstrucción analítica de una práctica, en tanto plan de acción que un sujeto discursivo (constructo teórico–analítico conformado en el discurso) pone en funcionamiento cuando combina un conjunto de recursos de diferentes modos para obtener una finalidad interaccional específica (Menéndez, 2012: 65–66). En el nivel de la *enunciación* se pueden identificar las huellas del trabajo del sujeto discursivo en lo que respecta a la construcción de un mundo, a la construcción de un sujeto de la enunciación que asume el proceso en el texto, y a la construcción de un destinatario al cual el agente orienta la producción de un discurso que sea susceptible de influirlo (Costa y Mozejko, 2009).

PERSPECTIVA ANALÍTICA Y CRITERIOS DE SELECCIÓN DE CORPUS

Para introducirnos en un primer análisis, exploratorio, sobre la escritura y la lectura de textos historiográficos, elegimos en particular: se trata de *El marxismo olvidado en la Argentina* (1996), de Horacio Tarcus. Sobre esta obra desarrollaremos una serie de *operatorias preliminares* que seleccionen dimensiones de análisis —estableciendo los límites del caso— y que nos permitan construirlo como *caso instrumental*, buscando generar categorías y propiedades aplicables al estudio de otros textos historiográficos; entre estas operatorias, la construcción del horizonte temporal o «historia del caso» (que aquí veremos en términos de

condiciones institucionales y trayectorias individuales) contribuye a establecer la genealogía y desarrollo de eventos en la práctica discursiva, en tanto proceso/producto de la práctica social (cf. Merlinsky, 2008: 2–3).

Siguiendo el modelo estratificado del contexto y del lenguaje propuesto por la lingüística sistémico–funcional (cf. Ghío y Fernández, 2008; Rose y Martin, 2012), pautamos el análisis en los siguientes pasos: a) reflexión conjunta sobre contextos de uso y posibles propósitos a alcanzar en la circulación del género; b) deconstrucción colectiva del ejemplar elegido; c) planificación grupal de la reconstrucción y reformulación del texto analizado; d) producciones individuales de dicha reformulación¹. Este análisis se despliega en un *corpus* construido sobre un recorte operado al interior del texto de Tarcus, tomando del mismo los siguientes *paratextos*²: Título, Dedicatoria, Epígrafe, «Prólogo» (escrito por Michael Löwy), y «Des/agradecimientos».

¹ Este *artículo*, en cuanto género discursivo, carece de la dimensión práctica y colectiva que ofrece la clase (necesaria para llevar a cabo los pasos dispuestos según la concepción estratificada del lenguaje), por lo que se sobreentiende que aquí brindaremos, a modo de unas provisionales *notas de trabajo*, un modelo aproximativo y estilizado del análisis propuesto (incluyendo observaciones que surgieron al trabajarlo en clases de Análisis del Discurso Historiográfico), aspirando a que pueda ser puesto en acto y/o reformulado en otros contextos áulicos de enseñanza–aprendizaje universitarios.

² Entendemos por *paratextos* a las marcas gráficas que dan cuerpo al texto —haciendo a la forma en que éste se presenta a la vista—, transformándolo en libro, fascículo u otro formato (Cf. Alvarado, 2006). La atención a la materialidad significativa que abre el enfoque paratextual nos parece convergente con la perspectiva del *análisis multimodal*, formulado por Kress y Van Leeuwen (2006), el cual hace hincapié en los recursos semióticos de los que dispone el emisor de un mensaje, distribuidos en diferentes estratos: *discursos* (saberes socialmente construidos en los que los textos están anclados, y por los cuales los emisores operan una selección de representaciones compartidas, disponibles en el sistema de creencias, con el objeto de persuadir al receptor); *diseño* (idea abstracta de la que parte el texto multimodal, conformada por un lado ideativo y un lado material; en este estrato se determina el género del texto, los recursos que se van a utilizar, el receptor y el emisor del mismo, etc.); *producción* (concreción material del diseño en texto, que organiza los recursos y singulariza el texto, construyendo una sintaxis particular que limita lo que es posible interpretar, o no, en él); y *distribución* (modos de circulación, materiales y técnicos, por los que los textos se difunden en el espacio público, en el cual cada discurso entra en contacto y se combina con otros).

El criterio de selección del corpus obedece a dos *supuestos de base*:

1° > El abordaje a partir de paratextos involucra afrontar los modos en que los lectores extraen de éstos indicaciones de lectura que les permitan *atribuir el texto a un género discursivo determinado* (historiográfico, en el caso que nos ocupa). Normalmente, el *marco compositivo* del texto no se introduce en el mismo, sino que señala sus límites; esto permite al texto activar los mecanismos de selección de sus destinatarios, codificados bajo una *imagen del auditorio*. En cambio, la introducción del marco en el texto desplaza la atención de los destinatarios del *mensaje* (el contenido comunicado) al *código* (el conjunto de conocimientos compartidos que se activan en el intercambio comunicativo) (cf. Lotman, 1996).

Entre los antecedentes que, dentro de la historiografía, podríamos tener en cuenta para validar este enfoque paratextual, encontramos la indagación de Gérard Noiriel (1997), quien, enfocándose en la contradicción que los historiadores franceses enfrentan desde 1880 con la profesionalización disciplinar (conciliar la producción de conocimiento científico con la responsabilidad cívica de enriquecer la memoria colectiva), se interesa por la forma en que los historiadores presentan sus trabajos en los libros de divulgación; para ello, repara en la función que cumplen tapas, contratapas, cuartas de cubiertas, prólogos, etc., en el discurso editorial de la colección «Universo Histórico» (UH), de editorial Seuil (1970–1993). Según da a entender este autor, en la edición y publicación de obras de divulgación histórica se presenta una vinculación directa del discurso histórico con la memoria del auditorio al que apunta (prefigurado como masivo), en un momento específico del saber y del poder en el campo historiográfico (sobre todo en relación a las condiciones de desarrollo profesional y académico de la disciplina).

Así, Noiriel intenta demostrar cómo los paratextos de la colección UH exhiben una codificación de la disciplina y del auditorio relacionada a ciertas políticas de divulgación presentes en el estado del campo historiográfico francés.

2° > Los paratextos son el espacio textual privilegiado en el que se construyen las *posiciones valorativas* de los interlocutores del discurso, expresando, negociando y naturalizando determinadas posiciones intersubjetivas e ideológicas (White, 2000), proveyendo a los analistas aprendices de *elementos metadiscursivos* (Hyland y Tse, 2004) que les permitan enfocarse en una *función clave del género*

historiográfico: la construcción de una voz autoral o persona, pensada en términos de una defensa del rostro social que habilita a los miembros plenos de la comunidad historiográfica para «hacerse un nombre», un *ethos* o imagen de sí mismo (en los términos de la retórica clásica) a través del discurso y dentro de la disciplina, con la consiguiente posibilidad de acumular y reformular capital simbólico e incidir en las prácticas de escritura, lectura, investigación y comunicación al interior del campo historiográfico (cf. Becker, 2011; Costa y Mozejko, 2009).

A partir de las premisas expuestas, sostendremos las *hipótesis* (por default) de que (a) hallaremos correspondencia entre las selecciones discursivas que conforman el *ethos* y la posición en el espacio social del agente extratextual, y que (b) al variar el agente su posición social por trayectoria, variarán sus selecciones discursivas y el *ethos* que conforman.

ESTRATEGIAS OPERATORIAS Y ANÁLISIS

CONTEXTO DE SITUACIÓN:

> **CAMPO** (*actividad social relevante para el texto*): ¿En qué contexto social organizado se produce el texto? ¿Qué propósitos se pueden alcanzar con su puesta en circulación?

En este punto es importante que el docente tenga un panorama sobre las condiciones del campo historiográfico al momento de la publicación del libro de Tarcus. Si nos remitimos a la bibliografía relativa a la historiografía del período (mediados de la década de 1990), se consolida un proceso de *profesionalización* desarrollado en instituciones académicas, las cuales ofrecen nuevas esferas de prácticas comunes a los productores historiográficos: cátedras universitarias, centros de investigación, publicaciones especializadas. A partir de la normalización institucional iniciada en 1983–84, el estado asume en forma estable y duradera los procesos de nombramiento y evaluación que sustentan a la comunidad historiadora en la sociedad argentina, garantizando la autonomía que habilita a la comunidad historiadora otorgarse sus propias normas de científicidad;

esto deriva en la construcción de un campo profesional denso, con normas, problemas y marcos conceptuales propios, y con la posibilidad de desarrollar la carrera de docencia e investigación dentro de las universidades nacionales, ahora económicamente más segura en contraposición a la inestabilidad institucional de períodos precedentes (Romero, 1996; Pagano, 2010). En cuanto a la difusión del saber entre el gran público, desde fines de los '80 y principios de los '90 se da un estrechamiento de filas en torno a figuras historiográficas del ámbito universitario, fuertemente relacionadas con una industria editorial concentrada en grandes grupos económicos (cf. Campione, 2002: 130–134; 211–212).

Paralelamente, la profesionalización disciplinar historiográfica, conllevó un «olvido sintomático» de aquellos discursos historiográficos conformados en un contexto de expresión (aproximadamente 1966–1976) caracterizado por una relación inescindible entre historia y política (englobada bajo el rótulo de *historiografía militante*³), que consagraba una pérdida de especificidad de los diferentes discursos intelectuales frente a los «grandes temas» (*peronismo, modernización, dependencia, revolución...*) en los que la intelectualidad universitaria y de izquierda inscribían sus prácticas de representación. Recuperar esta «gramática de producción» en un discurso histórico (en el contexto de una lógica de constitución de un espacio historiográfico diferenciado, como era el imperante a mediados de los '90) mostraría una «reincidencia» en la pérdida de autonomía disciplinar frente a la memoria y al poder político, mas este punto de vista parece invisibilizar el creciente peso del poder del Estado (reconfigurando el complejo científico–tecnológico en el marco de las políticas neo–conservadoras de

³ En Devoto y Pagano (2004: 9), se realiza la siguiente distinción entre *historiografía académica* e *historiografía militante*: «los ritmos de la historiografía académica son diferentes de los de la militante, escrita, a menudo pero no siempre, para ser consumida en el mismo momento en que es producida»: vale decir, la *historia militante* es concebida como insumo necesario de la acción política en el presente.

«reformas del estado») y del mercado (bajo la especie de grandes corporaciones editoriales) en este modo peculiar de escritura histórica⁴.

En este espacio de condiciones, debemos insertar la *trayectoria*⁵ de Horacio Tarcus. Resulta relevante repasar siquiera brevemente su trayectoria en tanto agente inscripto en un espacio social específico: introducir estas distinciones debe prevenirnos de considerar a Tarcus como un sujeto portador de propiedades eficientes dadas desde un inicio y para siempre. Vale decir: el Tarcus que publica y habla en 1996 o 1998 no es el de 2002, ni el de 2007 o en la actualidad, dado que ha ido invirtiendo, reconvirtiendo y gestionando los diferentes *capitales* acumulados en su práctica desplegada en el tiempo y en un espacio.

Si cotejamos una entrevista en la que hace repaso de su itinerario vital (en Trímoli, 1998: 251–256), a apenas dos años de la publicación de *El marxismo olvidado...*, observaremos que el acento estará puesto en hitos de índole marcadamente política e intelectual: su comienzo como *militante político* —«característico», pero con «rasgos atípicos» por su formación teórica previa, al decir del propio entrevistado (: 252)— en la agrupación trotskista Política Obrera a los 19 años, en el contexto universitario de fines de 1975 y los inicios de la última dictadura militar; la ruptura en 1978 con esta agrupación y el inicio de un proyecto —«en el que, de algún modo, todavía sigo embarcado» (: 253)— de publicación de revistas culturales que apuntaran al agrupamiento de colectivos «resistentes» en

⁴En este sentido, el diagnóstico elaborado por Omar Acha nos resulta representativo y sintomático: «Visto desde hoy, entonces, el desarrollo de la historiografía argentina exhibe un paisaje desarticulado. (...) La voluntad de una discusión crítica con el pasado historiográfico es restringida. En tal deleite por la ausencia de querellas, la profesión historiadora contemporánea se asemeja sólo parcialmente a sus inmediatos antecesores. (...) La construcción de la historia universitaria después de 1984 (...) se priva de un escrutinio real del pasado historiográfico inmediato. Ese mundo pretérito, salvo la propia genealogía y algún que otro antecedente aislado, es remitido al arcaísmo (la Nueva Escuela y el revisionismo). Los años 'setenta' son totalizados como testimonios de los excesos de la política revisionista o marxista sobre la historiografía» (2009: 13-14).

⁵Por *trayectoria* entendemos la serie de posiciones sucesivamente ocupadas por un mismo agente en un espacio en sí mismo en movimiento y sometido a incesantes transformaciones: así, el trabajo del agente —dentro de los límites posibles del *lugar* (el sistema de coordenadas específico, en el que el agente ocupa una posición relativa)— implican no sólo adquisición y acumulación de propiedades y recursos, sino también la inversión y modificación de los mismos, en aras de establecer nuevas condiciones de ser escuchado, aceptado y tenido en cuenta (cf. Costa y Mozejko, 2009: 10–11; 30–31).

torno a labores editoriales, proponiendo el debate teórico y crítico en torno a las diferentes concepciones políticas de las izquierdas; el primer viaje cultural o de estudios al exterior en 1983, con el advenimiento de la democracia. A esta tarea como *animador cultural* —fundador de la editorial *El Cielo por Asalto* en 1990, junto con Horacio González y otros intelectuales; director de las revistas *Praxis* (fines de los '80), *El Cielo por Asalto* (1990–1994) y *El Rodaballo* (1994–2003)— debemos sumar su labor como *archivista y coleccionista*, desde 1973, de libros, revistas y folletos publicados por el amplio espectro de la izquierda argentina; este inmenso acervo documental recogido por Tarcus dio origen en 1998 al CeDInCI (Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas en la Argentina), el mayor centro de documentación de izquierdas de América latina, del cual el mismo Tarcus será fundador y director. Si prestamos atención a la inserción institucional académica de Tarcus al momento de publicar *El Marxismo olvidado...*, lo hallaremos en un rol *docente* y una *posición inicialmente marginal* dentro de los centros de producción historiográfica dominantes: «Desde hace diez años [1988] enseño en la Universidad de Buenos Aires: Teoría del Estado en Sociología y, desde hace cinco [1993], Historia de Rusia en la carrera de Historia» (en Trímboli, 1998: 256).

> **TENOR** (*relación entre participantes en un contexto determinado*): ¿Quiénes son los que participan de la comunicación? ¿Qué grado de formalidad o informalidad se plantea en el texto? ¿Qué relación mantiene con su destinatario (familiaridad, afectividad, autoridad, etc.)?

La relación entre los participantes está estrechamente ligada a los *tropos* o figuraciones elegidos, los cuales funcionan como medio que organizan una retórica y modelan un *ethos*. Podría decirse que las voces autorales (Horacio Tarcus, y Michael Löwy en el prólogo) se mueven en un registro de figuras lingüísticas que calificaríamos de *vindicación*, es decir, una defensa de quien el autor considera que se ha injuriado, calumniado u olvidado injustamente⁶; al mismo tiempo, la persona que vindica intenta recuperar lo que le pertenece. Esto se advierte ya

⁶ La contraparte simétrica de la vindicación sería la *invectiva*, discurso o escrito violento e injurioso de carácter ético contra personas o grupos sociales.

desde el mismo título de la obra: «El marxismo *olvidado* en la Argentina» (¿Por qué «olvidado», quiénes han olvidado?), recuperado al momento de la publicación por el enunciador Tarcus quien, por implicación, marca una *filiación* con esta herencia redescubierta, así como por la *intertextualidad manifiesta*⁷ entre el título del libro y otras obras precedentes del «prologuista/maestro»⁸. Cabe preguntarse cuál será la economía de pasaje entre la nominalización «marxismo», general y con pretensiones de universalización, y los «marxistas» encarnados por los individuos Frondizi y Peña.

> **MODO** (*rol del lenguaje en un contexto determinado*): ¿Qué recursos utiliza para construir formalmente el texto? Esto último lo veremos a través de los diferentes paratextos seleccionados:

Dedicatoria (p. 7):

> ¿Qué opciones léxicas y discursivas selecciona, entre otras posibles? ¿Qué valores interpersonales, experienciales y expresivos priman en la dedicatoria?

La dedicatoria inicia con dos frases: «A la memoria de mi padre, / Cayetano Paglione (1912–1980)», lo cual introduce un desfasaje: si el padre memorado es de apellido Paglione, ¿Por qué el autor se apellida Tarcus? Este detalle (el uso de *seudónimos*) nos lleva a pensar en qué espacios es habitual esta práctica lingüística: la tradición de los *seudónimos* en América Latina se desplaza de su uso estético por parte de escritores en un inicio, hacia el uso que militantes políticos e intelectuales y periodistas críticos le dieron luego, con fines de resguardo personal.

⁷ Por *intertextualidad* nos referimos a la inserción de las representaciones textuales en cadenas de discursos que le anteceden y a las cuales responde, y en las que el texto se desenvuelve pasando por transformaciones predecibles o creativas, estableciendo un modo de relación entre, por lo menos, dos textos, a partir de la «inclusión» de uno en otro en forma de cita, de alusión o de reminiscencia.

⁸ «Finalmente, quiero dejar constancia de la *deuda intelectual* que, desde el título mismo de este libro, contraje con Michael Löwy quien, a pesar de la distancia, ha sido para mí, desde hace veinte años, un maestro, en el viejo sentido del término.» (Tarcus, 1996: 16, destacado nuestro). El título en cuestión es: Michael Löwy (1978): *El marxismo olvidado*. Barcelona: Fontamara (citado por Tarcus en p. 17, nota 1).

En lo expresivo priman los significados afectivos, connotados por la cercanía paterna y la domesticidad («de cuyos labios escuché», «en la mesa familiar»), mechados con valores experienciales relacionados a la iniciación prístina («por primera vez», «los rudimentos», «los primeros libros») en el mundo más vasto del «socialismo». Los lexemas «mesa familiar» y «biblioteca» refieren a la dimensión experiencial de ciertas prácticas que valoriza por habilitar un acceso al conocimiento de «esta trama» de la investigación (con resonancia de acción artesanal) y del socialismo, omitiendo otras (por ejemplo, la academia), reforzada por el empleo de los tiempos verbales: de los pretéritos perfectos simples «escuché» y «descubrí», que muestran una acción concluida en el pasado (echando a andar la investigación en la escena primigenia, familiar), pasa a la perífrasis verbal del gerundio «me fueron llevando», que funciona aquí demostrando una acción en proceso, continuada en el tiempo presente.

Epígrafe (p. 9):

> ¿Qué imagen del auditorio codifica, cómo permite al texto seleccionar a los destinatarios de su mensaje (contenido comunicado)? ¿Qué conjunto de conocimientos compartidos (código) se activan en el intercambio comunicativo?

El epígrafe es la VI Tesis de filosofía de la historia, de Walter Benjamin; este autor ha sido codificado en innumerables ocasiones como «marxista heterodoxo», pensador que trama su obra «a contrapelo» de las corrientes marxistas vinculadas a la III Internacional, con vetas libertarias y místico-religiosas. Los ámbitos de circulación predominantes de las Tesis de Benjamin hacen suponer la existencia de un *ground* interpretativo compartido tanto, y principalmente, por intelectuales y militantes de izquierda (comunista, socialista libertaria), cuanto por estudiantes y profesionales de la historia que entran en contacto con estos textos desde los primeros momentos de su formación académica, en las cátedras

de Teoría y Filosofía de la Historia (e incluso, a veces, dentro de «gramáticas de recepción» heterogéneas e inesperadas)⁹.

> ¿Qué dominio de la experiencia sobre–denomina? ¿Cuáles son las palabras impugnadas ideológicamente, y qué campos de sentido diferencian?

Los campos lexicales predominantes¹⁰ se van enlazando en una suerte de secuencia en la que «pasado/recuerdo/patrimonio/tradición» se encuentra en «peligro» (palabra reiterada cuatro veces en la cita), e introduce un sujeto de la acción nombrado alternativamente como «historiador» y como «materialismo histórico», encargado de ciertas tareas: «articular históricamente el pasado», «adueñarse de un recuerdo (...) en el instante de peligro», «fijar la imagen del pasado», «arrancar la tradición al conformismo», «encender en el pasado la chispa de la esperanza». Ahora bien, el antagonista discursivo impugnado por el «historiador materialista» aparece nominado como «clase dominante», «conformismo» y «enemigo», y es quien introduce el «peligro» porque «avasalla» y «convierte en (su) instrumento» a la tradición.

Este campo lexical parece inducir a una prescripción del rol del historiador: amén de indiferenciar sujeto histórico–observador y objeto («el peligro amenaza tanto al patrimonio de la tradición como a aquellos que reciben tal patrimonio»), apela a una imagen inusual (religiosa escatológica) en contextos académicos normalizados institucionales, para definir sus tareas: «El Mesías viene no sólo como Redentor, sino también como vencedor del Anticristo». La fuerte polarización en clave agonista y mesiánica cierra con una frase cargada de emotividad: «Sólo

⁹ Recuerdo una clase de ADH en la cual analizamos estos paratextos y, ante mi pregunta sobre quién era Walter Benjamin, un alumno respondió: «uno de los padres de los estudios culturales»; indagando en la razón de esta afirmación, constaté que la primera referencia que este alumno tenía de Benjamin provenía de su cursado en la asignatura «Sociología de la cultura», en donde este autor es incluido y referido a partir de sus textos «La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica» y «Pequeña historia de la fotografía».

¹⁰ Siguiendo a Fairclough, podemos observar que en el vocabulario se codifican las diferentes ideologías que presentan diferentes textos en sus representaciones del mundo; es por esto, que «en algunos casos, lo que resulta ideológicamente significativo de un texto es su vocabulario *per se*» (Ghio y Fernández, 2002:11). Asimismo, el modo en que las palabras co-ocurren, se «colocan» en el discurso ofrece un esquema ideológicamente específico para orientar la lectura de un texto.

tiene derecho a encender en el pasado la chispa de la esperanza aquel historiador traspasado por la idea de que ni siquiera los muertos están a salvo del enemigo, si este vence. Y este enemigo no ha dejado de vencer». Así, esta frase parece funcionar tanto como enlace cohesivo respecto al título del libro, cuanto como advertencia dirigida al público-lector ideal de la obra: Tarcus es «aquel historiador» que se «adueña del recuerdo» del «marxismo olvidado», de «los muertos» Silvio Frondizi y Milcíades Peña, arrancándolos al «enemigo» del «conformismo», «encendiendo la esperanza» en una lucha que aún continúa en el presente.

«Prólogo» (pp. 11-12):

> ¿Qué funciones cumple el prólogo?

Si bien el prólogo cumple la función de *informar* al lector sobre aquello que va a leer a continuación en el cuerpo del texto, las funciones entrelazadas que parecen predominar son las de *valorizar* el texto y *justificar* a quien lo ha escrito. En este sentido, la enumeración instaurada por el primer párrafo de Löwy es asertiva y concluyente:

Es este un libro importante. Por su objeto y por su método. Por su calidad intelectual y política. Por sacar de la noche del olvido una herencia revolucionaria de una increíble riqueza y actualidad, contribuyendo así a una renovación de la historiografía marxista en la Argentina (p. 11, destacado nuestro).

Siguiendo a Peter White (2000), los recursos evaluativos implicados son fundamentalmente los de *actitud*, bajo la subcategoría de la *apreciación* (actitudes de evaluación de productos y procesos); la subcategoría del *juicio* (actitudes institucionalizadas referidas a las personas) tiene un rango menor pero significativo: «Un peligro contra el cual lucharon con todas sus fuerzas, y que le costó la vida a Silvio Frondizi, asesinado por los fascistas en 1974» (pp. 11-12). Los recursos de *compromiso* (el posicionamiento de la voz del enunciador en el texto producido) se visibilizan hacia al final del prólogo, donde nuevamente se aprecia una estrategia de filiación que fusiona sujeto histórico-observador-objeto:

Durante años envié a Silvio Frondizi nuestras publicaciones y en cambio —un cambio muy desigual—, él me mandó regularmente sus principales libros. El descubrimiento de este pequeño tesoro cultural argentino *provocó en mí una impresión profunda y duradera. Aprendí muchísimo con esos libros (...)* (p. 12, destacado nuestro).

Vale decir también que la larga trayectoria de Löwy como historiador de las corrientes marxistas heterodoxas (calificadas como «abiertas, humanistas y revolucionarias») confiere un capital simbólico y una fuerza ineludible a sus apreciaciones sobre la obra de Tarcus, aunque se halle casi omitida en el prólogo: un lector novato sólo encontrará referida su antología *El marxismo en América Latina* de 1980.

> ¿Qué recursos utiliza el prologuista para valorizar el texto?

En un inicio, el segundo párrafo prácticamente glosa la tesis benjaminiana del epígrafe, incrementando así la cohesión entre enunciados paratextuales y contribuyendo al cierre semántico-ideológico de la investigación emprendida por Tarcus como «una historia a contrapelo», en un horizonte político emancipatorio de los oprimidos. De allí que se infiera una utilidad social de esta historia del marxismo olvidado en Argentina.

En cuanto a criterios del mundo científico, Löwy destaca varios aspectos, empleando el recurso evaluativo de la *gradación*¹¹: la ruptura con el sentido común político e historiográfico, destacando la innovación tanto en el objeto («Gracias al libro de Horacio Tarcus, ya no será posible seguir ignorando el aporte de Silvio Frondizi y Milcíades Peña a la elaboración de un marxismo latinoamericano abierto»; p.11) como en su modo de interpretación («El marxismo de ambos [...] es trágico»; «La categoría del peligro ocupa un lugar central en su visión trágica del mundo», *ibíd.*); el principio de generalización (resaltar el interés general de un estudio particular): «Un marxismo a la vez profundamente argentino —por sus temas, su objeto, sus preocupaciones centrales— y universal por su método y su internacionalismo socialista» (*ibíd.*); la reducción de la distancia temporal

¹¹ La *gradación* refiere a los valores por medio de los cuales los hablantes regulan el grado de intensidad (*fuerza*) de sus evaluaciones, que pueden estar amplificadas o disminuidas, y gradúan (desdibujando o agudizando) su alcance (*foco*) (White, 2000).

que separa el mundo estudiado del universo del potencial lector, poniendo en relación el pasado estudiado con el mundo actual (además de brindar otros indicios sobre el contexto relevante para el texto):

Pero este libro no es sólo un estudio del pasado. El habla también del presente y del futuro. Porque hoy, más que nunca hasta ahora, algunos de los temas centrales de la obra de los dos marxistas trágicos están en el orden del día: la integración mundial del capitalismo, la búsqueda de un paradigma socialista fuera de los marcos del «pretendido» socialismo real, o la crítica radical del peronismo. (p. 12).

«Des/agradecimientos» (pp. 13–16):

>> **Convenciones y restricciones del género:** ¿Qué opciones lingüísticas se disponen para plantear el título de esta sección? ¿Qué implica la opción elegida por el enunciador respecto al contexto de situación? ¿Qué relación establecen los «des/agradecimientos» entre el enunciador individual y un posible enunciador colectivo («nosotros»)?

Aquí encontramos el rasgo más notorio de «desajuste» o «anomalía» respecto a las expectativas del género, pues la opción lingüística habitual para nombrar esta sección es la de «Agradecimientos», y en la cual los autores exhiben su red de relaciones con aquellos miembros e instituciones de la comunidad académica que estimularon y contribuyeron (jerarquizándolo) al texto presentado. Si bien no carece de estos agradecimientos (que pueblan la última página de la sección), Tarcus enuncia una *argumentación contrafáctica* vía el empleo de cláusulas que coordinan, de manera aditiva, vocablos o frases que denotan negación, precedidas y seguidas de otras igualmente negativas¹²:

¹² Esta estructura de la cláusula se reitera en el primer párrafo de la p. 14: «*No me propuse encarar esta investigación para deslindar las posturas políticas "incorrectas" de las "correctas", ni determinar el punto preciso hasta el que una corriente es legítima y a partir de la cual se 'desvía' de la senda justa.*» (destacado nuestro). Más abajo continúan los ejemplos.

Pero a diferencia de las presentaciones habituales, el autor *no desea* dejar constancia de su agradecimiento a la Fundación Ford, *ni* a la Fundación Guggenheim, *ni* a la Fundación Ebert, por el financiamiento de la investigación, *que por otra parte jamás solicitó*. El autor *tampoco desea* agradecer a la Universidad de Essex, *ni* a la Universidad de París, *ni* a universidad alguna del extranjero por la cálida acogida recibida en una pasantía *que nunca realizó*. (p. 13, destacado nuestro).

De esta manera, el *sarcasmo* (forma de agredir al adversario mediante una burla mordaz y cruel, mostrándose en apariencia condescendiente y favorable con sus supuestos para maltratarlos y criticarlos) posiciona al enunciador como *Oponente argumentativo* que discute y se distancia de un Adversario discursivo que, implícitamente, propone una doxa sobre el deber-ser de cualquier investigación historiográfica aceptable, y aceptada, por una comunidad historiadora que rige sus prácticas por marcos institucionales (financiamiento, becas, pasantías) que aquí aparecen denostados: es decir, toma al Adversario/Proponente como objeto de clasificaciones o categorizaciones (en el sentido etimológico de *kategoresthai*: acusar públicamente).

En la cláusula analizada, el uso inicial del adversativo («*Pero* a diferencia de las presentaciones habituales»; p. 13, destacado nuestro) marca el distanciamiento de las convenciones genéricas y al mismo tiempo, enlazado con cláusulas negativas posteriores, funcionan como marcas de *identidad estilística* con pretensiones de individualización:

Para terminar, *siendo además fiel a mi estilo*, debo decir que tampoco quiero agradecer la paciencia y la tolerancia que mi mujer, Silvia Feeney, y mi hijo Lucas, jamás tuvieron mientras duró el trabajo de redacción (...) (p. 16, destacado nuestro).

Aunque ésta aparece mediada por el tropo de la *ironía*, en el que la naturaleza problemática del lenguaje ha sido reconocida y se distancia de la literalidad del enunciado.

>> **Vocabulario:** ¿Qué relaciones significativas se establecen entre las palabras *investigación*, *independencia*, *intelectual*, *académico* y *político*? ¿Con qué representaciones y prácticas se relaciona la metáfora del rompecabezas?

Hemos juzgado estas palabras como *lexemas clave*, porque advertimos que ofrecen un vocabulario inmerso en entornos de unidades léxicas, entramadas significativamente, que delimitan el *ethos* deseado para el enunciador de este texto. Por ejemplo, en la caracterización que hace de su tarea:

Más bien quiere [el autor] dejar testimonio de las difíciles condiciones de trabajo que encuentra un *investigador independiente* en la Argentina de hoy (p. 13, destacado nuestro).

La *independencia* aparece como condición de una *investigación* deseada, impregnada de un sentido de *intelectual individual*, capaz del *pensamiento crítico*, y que por ello preserva la distancia (semántica y temporal) con los otros lexemas:

Todos sus exponentes han sido *pensadores independientes*, en el pleno sentido del término: *de las clases dominantes, de las organizaciones políticas hegemónicas, y aun de las instituciones universitarias. Hoy, en tiempos en que la investigación se ha acotado dentro de estrictos marcos institucionales (...)*, nos produce una mezcla de extrañeza y admiración aquel *espíritu independiente* con que esos hombres casi solitarios, *pensadores a contracorriente*, sin ningún respaldo institucional, *a menudo hostigados por las propias organizaciones de la izquierda, proyectaron y emprendieron gigantescos esfuerzos de investigación* (ibíd., destacado nuestro).

Así lo *político*, mediado por la *independencia*, se disocia de las organizaciones partidarias establecidas en el ámbito de izquierdas (nominados como *stalinistas*, *populistas* y *trozkistas*) y se torna una operación intelectual que guarda una relación instrumental con lo *académico*:

Quiero dejar constancia del hecho de que *la motivación original de esta tesis, presentada para acceder a la licenciatura en historia en la Universidad de Buenos Aires, no fue académica sino política*. Su punto de partida fue un *ajuste de cuentas con mi*

propia tradición de pensamiento, la trotskista, y la necesidad de un balance de los alcances y los límites de esta corriente me fue conduciendo, casi sin darme cuenta, a los umbrales de esta investigación (ibíd., destacado nuestro).

En cuanto al vocablo *rompecabezas*, metaforiza por analogía al objeto de su investigación y a las acciones necesarias para llevarla a cabo, lo que en el mismo inicio de los «Des/agradecimientos» se refuerza con un *argumento por el respeto* (que apela a una autoridad reconocida en el campo específico):

Theda Skocpol señaló, al presentar **Los Estados y las revoluciones sociales**, que al «elaborar y reelaborar el argumento de este libro durante los últimos años me ha parecido, a menudo, una interminable lucha solitaria con un gigantesco rompecabezas». No encuentro palabras más ajustadas en momentos de presentar el mío. (p. 13, negritas en el original).

La medida de la tarea («interminable lucha solitaria», denotando un individuo aislado y carente de soportes institucionales) está dada por un rompecabezas «gigantesco» (como también lo eran los «esfuerzos de investigación» de esos «hombres casi solitarios» Frondizi y Peña), que evoca una totalidad a completar, sólo presente a través de fragmentos dispersos u ocultos, y que demanda una tarea artesanal (como se señalará más abajo), paciente y prolongada de recolección documental:

Fue necesario, por lo tanto, *un largo trabajo de rompecabezas, de recolección de publicaciones* a través de préstamos o donaciones de particulares y de compras de ejemplares sueltos en librerías de viejo. (...) *El armado del rompecabezas, me temo, dista de ser todo lo completo que hubiese deseado.* (p. 14, destacados nuestros).

>> **Auto-representación explícita:** ¿A través de qué opciones discursivas el enunciador intenta elaborar una representación discursiva de sí mismo? ¿Qué competencias y capacidades plantea, que refuercen la probabilidad de alcanzar influencia en el destinatario?

Fundamentalmente, *el yo narrador se autoincluye en el linaje de la tradición investigada y valorada:*

Mi metodología de trabajo, queriendo ser fiel a su objeto de estudio, buscó nutrirse en esta tradición libertaria y en su espíritu independiente. (...) Además está decir que buceando en la vida y la obra de estos marxistas olvidados he intentado comprender muchos problemas aún vigentes de la teoría y de la política, de la historia de mi país y de mi condición de intelectual de izquierdas» (pp. 13-14).

Esta autoconstrucción se apoya en competencias específicas tales como la amplia *búsqueda y compulsión de documentos* escritos («trabajé durante años en un proyecto de recolección de revistas y periódicos políticos que hoy constituyen un verdadero archivo de la izquierda argentina. Además, en la medida de mis posibilidades, consulté archivos en el extranjero»; p. 15) y orales (cf. los «recuerdos», «testimonios» y «debates» mencionados en la p. 16), de las que se desprende *una obra evaluada y sancionada positivamente por jueces competentes*:

Horacio González y Alfredo Pucciarelli me hicieron sugestivos comentarios tras una ponencia en que presenté algunas de mis ideas (...) José Sazbón fue un exigente y estimulante padrino de tesis (...). El tribunal que constituyeron Sazbón, Oscar Terán y Luis Alberto Romero fue sumamente generoso en la evaluación (...) (ibíd.).

>> **Auto-representación implícita:** ¿Qué estructuras textuales generan inferencias sobre el rol del enunciador?

Podemos advertir que en el texto subyacen implícitos diferentes géneros y formaciones discursivas. Por una parte, la opción por una *formación discursiva histórica* que, condensándose en torno al *género biográfico*, conjuga el relato de la vida de los individuos Frondizi y Peña con un proceso general (el «laborioso e intrincado itinerario que recorrió cierta tradición olvidada del pensamiento marxista argentino para abrirse camino frente a las otras tradiciones del pensamiento de izquierdas», p. 13), y le otorga al enunciador el rol de historiador. Esto se complementa con el establecimiento de un género que, a modo de hilo conductor, organiza la historia-biografía en clave de *tragedia*, tal como es explicitado por M. Löwy en el Prólogo:

El marxismo de ambos (...) es *trágico*, no sólo por las circunstancias dramáticas de su muerte (...), sino también por su conciencia aguda de las catástrofes que amenazan a los trabajadores, a los oprimidos, a la humanidad. (p. 11, destacado en el original).

Por otra parte, la *epopeya*, en la cual se narran las hazañas de un héroe arquetípico, que encarna las virtudes más valiosas de un colectivo, que tiene un objetivo concreto y que ha de superar, mediante su propio esfuerzo, una serie de obstáculos para alcanzarlo:

Soy consciente también de los límites y de los costos de la independencia. *La opción por el modelo en desuso del intelectual-artesano no es gratuita*, y mucho menos en los tiempos de la globalización. En primer lugar, los costos de tiempo: *alternando con la docencia y la labor editorial*, el trabajo de investigación se hizo más prolongado y discontinuo de lo que hubiese querido. (p. 14, destacado nuestro).

El enunciador se configura así como capaz de instaurar un modelo que define y promueve una identidad particular y, en este caso, estas vetas textuales lo emparentan con el género *manifiesto*: un escrito en el que se dan a conocer determinados valores que serán interpretados en el espacio público, donde se juega el carácter de su circulación y recepción; de esta manera, su importancia social se relaciona con la conformación e identificación de un grupo determinado (Mangone y Warley, 1992).

RECAPITULACIÓN Y PROYECCIONES POSIBLES

Como dijéramos arriba, este artículo intenta ser un conjunto de notas de trabajo, con el propósito de relevar diferentes *inscripciones* o elementos textuales que conforman un *ethos historiográfico* determinado, a la vez que fortalecen y brindan credibilidad a los enunciados del autor/enunciador; lejos está de ser exhaustivo en su registro o exclusivo en su enfoque y, por sobre todo, debe ser pensado como un conjunto flexible de herramientas para operar en clases, junto a los estudiantes, sobre materiales determinados. En este sentido, las operatorias

realizadas sobre los paratextos abren una serie de interrogantes que hacen al *trabajo de recepción* en el que se involucran los estudiantes al abordar el libro en su integridad material: ¿Qué *hipótesis de lectura* nos sugieren para lo que sigue del libro? ¿Qué *efectos ilocutivos* (lo que se hace al decir algo) promueven? ¿Qué *efectos perlocutivos* (lo que se espera lograr como consecuencia de haber dicho lo que se dijo) pretende alcanzar en los destinatarios?

Si nos enfocamos sólo en los contenidos (como pareciera ser la perspectiva de abordaje habitual de estos textos), la construcción y puesta en acto de objetos y enfoques presentados parecieran sedimentar las principales hipótesis de lectura. Mas la escritura de la historia es inescindible del lugar desde donde se la escribe: los actos ilocucionarios puestos en juego en la construcción de una voz autoral (expresar y evidenciar un modo de anudamiento particular entre ciencia y política en la historia, solicitando la aprobación del mismo o desaprobando *ethos* alternativos) apuntan al efecto perlocutivo de persuadir o convencer al potencial lector de que asuma estos recursos lingüísticos como opciones discursivas válidas para gestionar las prácticas en espacios sociales específicos, como es el caso de la historia (cf. Costa y Mozejko, 2009; Skinner, 2007).

Al decir de Howard Becker (2011: cap. 2), para recabar autoridad en los ámbitos académicos todos asumimos un cierto *personaje* o *estilo* en nuestros escritos (de un variado repertorio, asociado generalmente a las figuras de los «maestros» en cada campo) con el cual pretendemos ser identificados y a través del cual pretendemos ser argumentativamente persuasivos. La relevancia de instaurar un estilo capaz de jugar con las convenciones genéricas implica «hacerse un nombre» entre pares-concurrentes, y que asimismo se convierta en referencia para aquellos miembros novatos que desean, ellos también, gestionar sus prácticas en espacios académicos y políticos. Tal parece ser la estrategia enunciativa del autor Tarcus y, en mayor o menor medida, de todos aquellos que producimos, circulamos y consumimos textos en instituciones académicas.

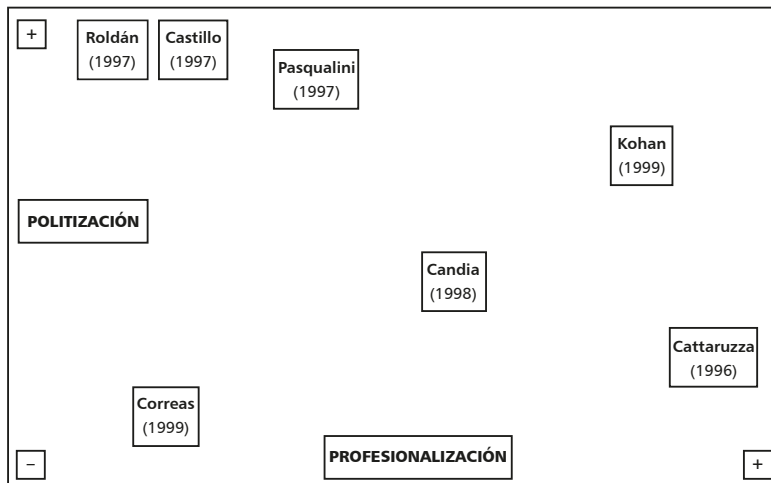
Por ello, es interesante que practiquemos el extrañamiento («jugar otro juego del lenguaje», parafraseando a Wittgenstein) que nos permita observar y generar reflexividad sobre los propósitos prácticos que anidan en nuestros textos.

A > Una buena estrategia de control puede resultar la *lectura en recepción* de la obra analizada, plasmadas en *reseñas* y *críticas de libros*¹³, géneros caracterizados como secciones fijas dentro de publicaciones cuyo objetivo es describir y evaluar obras de publicación reciente y de interés para quienes se desempeñan en áreas específicas, elaboradas por reseñadores que dan su opinión y exhiben conocimientos sobre el tema o área del saber que trata el libro, compartidos con una comunidad de pares a quienes se dirigen para valorar —mediante aceptación, crítica y/o rechazo— los presupuestos enunciados en la obra analizada (cf. Navarro y Abramovich, 2013).

La estructura esquemática de las reseñas suele constar de pasos o partes que le dan *identidad tipológica*: (a) contextualización del libro: en el tema o disciplina —y la importancia de su aporte a éstos—, en la trayectoria de su autor, en el ámbito editorial; (b) descripción de los segmentos del libro y sus temas, incluyendo evaluaciones positivas y negativas de los aspectos relevantes —temas, perspectivas e hipótesis, puntos fuertes y débiles—, fundamentadas a través de citas textuales; (c) síntesis de lo dicho y conclusiones, evaluación general y contextualización a futuro del libro. Por otra parte, pensar al género reseña como inmerso en una *topología* nos permite señalar semejanzas entre prácticas discursivas afines, posicionándolas en un continuo o espectro en el cual se puede postular más de una variable relevante para el análisis (cf. Martin y Rose, 2008: cap. 3). Para el caso que nos ocupa, tendremos en cuenta las características del campo que sintetizamos arriba, y postularemos ejes semánticos que correspondan a las prácticas involucradas por la obra analizada: *profesionalización* y *politización*; y las maneras en que, al valorar positiva o negativamente cada eje, reflejan/refractan ideológicamente el *ethos* postulado por Tarcus.

¹³ Por otra parte, Noiriel (1997: 278, n. 6), siguiendo las conceptualizaciones de Gérard Genette, menciona los *epitextos* —aquellos elementos paratextuales no vinculados materialmente al texto, pero que establecen declaraciones sobre él— como un corpus posible para estudiar la recepción de las obras históricas.

Figura 1.
 Topología de
 reseñas sobre
 «El marxismo
 olvidado».



Podemos hacer un agrupamiento de las reseñas según el tipo de relaciones que la publicación en la que aparecen mantiene con las prácticas señaladas: revistas de discusión política y teórica, vinculadas a partidos de izquierda trotskista (Castillo, 1997; Roldán, 1997); revista de historia, teoría y política de izquierda trotskista, independiente de los partidos políticos (Pasqualini, 1997); revistas académicas de historia y ciencias sociales, en sede universitaria (Candia, 1998; Cattaruzza, 1996; Kohan, 1999); compilación de escritos varios, incluida en una colección editorial dedicada al género ensayo (Correas, 1999).

A.1 > En los casos de Andrés Roldán (1997) y Christian Castillo (1997), el foco de sus «lecturas» o «crítica de libros» (los nombres respectivos de las secciones en que se publican) estriba en criticar el entramado de lexemas claves propuesto por Tarcus, reafirmando las relaciones de sentido propias de su espacio político, a la vez que denuncian la inclusión del narrador en la tradición investigada como una construcción legitimadora de su posición socio-profesional:

En Tarcus su modelo es el de intelectuales o marxistas «críticos», *definición bien imprecisa a la moda para un momento en que asumir una identidad política o ideológica clara es mal vista en los medios académicos* tan adaladores hoy de todo lo que sean «incertezas posmodernas». (Castillo, 1997: 235–236, destacado nuestro).

Tarcus pretende crear «una nueva tradición política en la izquierda» bien a tono con la intelectualidad académica «bienpensante» y núcleos de desilusionados ex-militantes de la izquierda en los 80 que quieren achacar su incapacidad política a los «aparatos oprobiosos» que supieron venerar cuando estaban en ascenso, pero *bien alejadas de la estrategia para conformar una verdadera intelectualidad revolucionaria* que busque fusionarse con los elementos más avanzados de la vanguardia obrera. (Ídem: 242, destacado nuestro).

Un intelectual marxista es, por sobre todo, un militante de la causa de los explotados, un organizador revolucionario del movimiento obrero. (...) en los propios casos elegidos por Tarcus, de Peña y Frondizi, sus mejores momentos han coincidido con sus esfuerzos militantes por construir y participar en la construcción de una organización revolucionaria. *Sólo el fracaso de estos propósitos los lleva a quedar marginados de una militancia orgánica;* en ningún caso es una elección consciente y voluntaria. (...) El culto al fracaso es el eje del libro y su principal conclusión. (...) *La tragedia de Tarcus es pretender hacer de estos fracasos una tradición y hasta un programa.* (Roldán, 1997: 139, destacado nuestro).

Tarcus no se preocupa por ubicar históricamente ni por caracterizar con un criterio de clase a los «intelectuales» a los que se refiere. (...) *Tarcus extraña, en realidad, una tradición de marxismo académico, no militante ni partidario* (Ídem: 140, destacado nuestro).

La principal diferencia entre ambas reseñas reside en cómo se evalúan las competencias enunciadas por Tarcus de las que se infiere su rol de historiador (y su posibilidad de instalar un modelo a seguir). En el caso de Roldán (1997), niega tales capacidades mediante una serie de descalificaciones en torno a la (falta de) interpretación y al (mal) uso del género biográfico:

Tarcus, que presume de historiador, ni siquiera se preocupa por entender y explicar las circunstancias históricas de estos fracasos (: 139, destacado nuestro).

Para sostener su tesis, *Tarcus se ve obligado a deformar e «inventar»* (esta vez no en el sentido de Hobsbawm sino en simple castellano) *la propia biografía de sus elegidos* (: 141, destacado nuestro).

Tarcus tampoco formula la pregunta como lo haría un historiador (¿por qué motivo se publicó el folleto, en aquella oportunidad, en esa circunstancia?). Y se mete a pontificar sobre sus «diferentes idiosincrasias» (: 142, destacado nuestro).

En cambio, la reseña de Castillo (1997) sanciona positivamente (y de este modo la enuncia como un valor en sí, compatible con los intereses propios de una investigación académica) la búsqueda, compulsiva y puesta en circulación de la documentación volcada en el libro de Tarcus, así como las capacidades que éste exhibe con dicha tarea; empero, esta evaluación sólo ocupa la (mínima) parte inicial de la reseña y con vistas a deslindarla de la discusión política subsiguiente:

Una crítica ajustada del libro de Horacio Tarcus «El marxismo olvidado» debe plantearse en dos planos. Uno, el de *la investigación histórica propiamente dicha*, es el que *permite que centenares de nuevos lectores se encuentren por primera vez con referencias de fuente propia* no sólo con aspectos sustanciales de la obra de Milcíades Peña y Silvio Frondizi, sino con los escritos de precursores del trotskismo argentino como Boglich y Raurich, *habitualmente desconocidos por las publicaciones tanto académicas como políticas*. (...) También el contenido de los dos principales proyectos intelectuales en los que se involucró Peña está *ampliamente ilustrado*. Tanto los tres números de la revista *Estrategia* (...) como los distintos ejemplares de la revista *Fichas* (...) son *reseñados puntillosamente*. (...) Este plano, el de la investigación histórica, *favorecido por un riguroso manejo de fuentes originales*, es el *lado positivo del libro de Tarcus* (...). El otro plano es el referido a las conclusiones políticas que se expresan en el libro. A ellas nos referiremos en esta crítica. (: 229, destacado nuestro).

A.2 > Si comparamos las reseñas anteriores con la de Mauro Pasqualini (1997), en esta hallaremos una valoración positiva de la labor historiográfica, pero acentuando un sentido instrumental del conocimiento histórico: como arma legitimadora

de las luchas políticas y como método para construir identidades revolucionarias. Esta significación se encuentra mediada por una alegoría extraída de una película¹⁴, y por la adhesión del reseñador a la noción benjaminiana de «peligro» postulada por Tarcus en su epígrafe (como veíamos arriba), asumiendo así una identificación tanto de aquél con el rol del historiador inducido/prescripto por este campo lexical, cuanto de la «clase dominante» como antagonista discursivo:

«Mientes de una manera hermosa» dice la protagonista del film Underground a su marido, un burócrata yugoslavo considerado «Héroe de la Revolución» por la jerarquía estatal. (...) A la Argentina burguesa, como a la protagonista de Underground, también le ha gustado que le mientan. Por eso, de Mitre en adelante, no han faltado escribas autocomplacientes que relaten la historia como una epopeya abundante en héroes fundadores immaculados, gestas gloriosas, voluntades eternas. Lo lamentable es que quienes supuestamente pretendían criticar esa Argentina, hayan recurrido al mismo método, trazando se esa forma continuidades con el pasado cuyo motivo no era otro que legitimar sus políticas presentes. Es por eso que Horacio Tarcus acierta al poner el concepto benjaminiano [sic] del «Peligro» en el centro de «El marxismo olvidado...». De acuerdo con esta categoría, en vez de adueñarse del pasado «tal cual éste ha ocurrido» corresponde al historiador adueñarse de un recuerdo «tal cual éste relampaguea en un instante de peligro». Este peligro no es otro que el de ser convertidos en instrumentos de la clase dominante. Por eso cabe, en cada época, esforzarse por arrancar la tradición al conformismo que está a

¹⁴ El uso alegórico de productos culturales es recurrente en esta reseña: en total, ocupa tres de las siete páginas. Más adelante, Pasqualini compara a M. Peña y su obra con Isidro Parodi (personaje de ficción creado por Borges y Bioy Casares) bajo el título «Seis problemas para Don Milcíades Peña», para refutar la categoría de *tragedia*, promovida por Tarcus, y promover la de *parodia* como más adecuada para abordar su objeto: «Se podría decir que Parodi ocupa en la historia de la literatura policial un lugar similar al de Peña en la historiografía. Los rasgos comunes son muchos, pero el que vamos a rescatar aquí es el recurso que ambos comparten y que Don Isidro lleva en forma de apellido: la Parodia. Milcíades Peña no es trágico, es paródico. Como tal, irrumpe en la historiografía apuntando contra los monumentos, los próceres y las gestas canonizados por las corrientes hegemónicas.» (1997: 4, destacado nuestro). Hipotetizamos que esta estrategia busca acumular capital simbólico exhibiendo creatividad retórica e innovación conceptual, ya que quien escribe aparece caracterizado en un tramo inicial y periférico de su trayectoria: «Mauro Pasqualini es estudiante de Historia de la UBA, Fac. de FyL. y miembro de la redacción de *Razón y Revolución*.» (1997: 1, nota 1).

punto de avasallarla. *Tarcus es consciente de que la tradición implica la construcción de una identidad*, y por eso denuncia el motivo de su libro como la constitución de una tradición (...). *Esta precaución metodológica, unida a un trabajo de investigación exhaustivo, constituyen los principales méritos del libro.* (Pasqualini, 1997: 1–2, destacado nuestro).

Por otra parte, se muestra cohesivo con el entramado del vocabulario presente en los «Des/agradecimientos, al remarcar la *independencia* resaltando la dificultad de encasillar «El marxismo olvidado...» en el marco de las prácticas académicas y las tradiciones políticas establecidas:

Esta construcción de la tradición, implica al mismo tiempo la destrucción de los circuitos tradicionales en los cuales suelen matricularse este tipo de trabajos. De esta forma, *no podríamos ubicar al «Marxismo olvidado...» en los «enclosures» temáticos en los que la academia suele registrar este tipo de trabajos* (al estilo «Historia de las ideas» o «Historiografía» o «Historia de las ideas políticas»), *así como tampoco aborda su objeto de estudio a través de las tradiciones políticas* (socialismo, comunismo, anarquismo, trotskismo) desde las cuales se consideraría a Milcíades Peña o a Silvio Frondizi como una excepción o una exterioridad. (Ídem: 2, destacado nuestro).

A.3 > En cuanto a la reseña escrita por Néstor Kohan (1999), historiador especializado en las tradiciones intelectuales de izquierda argentinas y latinoamericanas¹⁵, comparte la semántica de la «resistencia/sobrevivencia» y del «rescate» de los «vencidos» desde el inicio de la misma (un sesgo hacia la politización de un objeto desplegado al margen de/contra las instituciones académicas y sus «olvidos»), pero que en un mismo movimiento —marcado por el ángulo de las circunstancias temporales y el uso del pretérito imperfecto— ingresa este «res-

¹⁵ Este rasgo de especialización en la temática se exhibe como competencia específica dentro de la reseña, cuando Kohan se refiere a un estado de la cuestión teórico e historiográfico específico (véase las citas de las obras de Perry Anderson, José Aricó, Lucien Goldmann, Michael Löwy y E. P. Thompson, en pp. 330-331); y se refuerza con la publicación de otra reseña de Kohan (sobre *La hipótesis de Justo* de José Aricó, obra de gran repercusión en la historiografía del socialismo/marxismo argentino) en el mismo número de la revista *Prismas* en que aparece su reseña sobre *El marxismo olvidado* de Tarcus.

cate» con pleno derecho a unos «estudios académicos» (nominalización) que ahora pueden «aceptar» y «nombrar» este objeto en su seno:

A contramano de modas y lugares hoy comunes, este libro nos permite aproximarnos de una nueva manera a un repertorio de pensamientos políticos, formulaciones ideológicas y culturales —y, ¿por qué no?, historias de vida— que hasta hace escaso margen de tiempo resultaban no sólo inaceptables por los estudios académicos sino incluso innombrables. Toda la investigación versa sobre dos autores hasta hoy olvidados. La tesis principal que la articula sostiene que ambos constituyen una tradición de pensamiento autónoma. (Kohan, 1999: 329, destacado y subrayado nuestro).

Kohan comparte la relación significativa que Tarcus acuña entre los lexemas *investigación, independencia, academia y política*, señalando una politización inherente al objeto que traza un campo de tensiones entre la investigación independiente y las lógicas específicas de los partidos de izquierda y de las instituciones universitarias:

La obra de Tarcus (...) también puede ser leída como «un ajuste de cuentas con el trotskismo argentino», según sus propias palabras. *Hecho que explicaría el airado rechazo que las diversas publicaciones trotskistas hicieron del libro.* (Kohan, 1999: 329, destacado nuestro)

Según señala Tarcus, muchos historiadores académicos han utilizado fragmentos, intuiciones y elaboraciones conceptuales de Peña pero... sin citarlo (pues *una personalidad semejante no resultaría «citable» para quien se mueve en una órbita no de militantes sino atravesada por las presiones —sordas— de nuestro mundillo académico*). (Ídem: 332, destacado nuestro)

En suma, Kohan reformula en sus términos los recursos valorativos que ya vimos al analizar el prólogo de Löwy: la innovación en el abordaje y la construcción del objeto, su relación con el presente (esbozado como normalización institucional), y la ruptura con un sentido común vía la desnaturalización de distanciamientos a priori entre universos de sentido (connotadas por un campo lexical de escisiones y de oposiciones «política–ruido vs. historia–silencio»). Así,

la «nueva propuesta» relevada reconstituye una nueva lógica articuladora de una historiografía profesionalizada con la política y la memoria, modelo en el que implícitamente el reseñista participa y encuentra prefigurado su propio lugar:

Renunciando entonces a la «neutralidad valorativa», la investigación de Tarcus quiere ser una propuesta. La de un nuevo modo de apropiación teórico-crítica de esta constelación «olvidada», intentando al mismo tiempo descentrar el divorcio que marcó a fuego la historia de las ideas emancipatorias en la Argentina (por lo menos desde el inicio de la llamada «transición a la democracia» hasta los primeros años '90). Esa fractura separó tajantemente las producciones originadas en una historiografía que Tarcus denomina «oficial», de carácter apoloético y autorreferencial —la perteneciente a los partidos políticos de izquierda— de aquellas otras —las académicas— que si bien estaban conformadas según reglas de elaboración mucho más pulidas y sutiles, en reiteradas ocasiones no alcanzaban a esquivar la aridez y sequedad que habitualmente conlleva extirpar artificialmente los ruidos perturbadores de «la política» para construir una historia silenciosa de las ideas. (Ídem: 330, destacado y subrayados nuestros).

A.4 > Por contraste con la anterior, la reseña de Candia (1997) está enunciada desde la posición de un nosotros «espectador y no especialista», incapaz de acceder por su propio trabajo al objeto propuesto por Tarcus:

Para la mayoría de nosotros, el estudio de la obra de los pensadores de origen trotskista fue difícil debido al peso de ciertos lugares comunes, una nube de juicios y opiniones que, a priori, descalificaban a esta corriente del movimiento socialista: dogmatismo teórico, maximalismo programático, sectarismo político, etcétera. (Candia, 1997: 229)

La brevedad de la extensión (tres páginas en tipografía grande) expone la ausencia de discusiones sobre el estado de la cuestión. La contextualización sólo menciona los cargos docentes de Tarcus; la descripción se centra en un desarrollo sucinto de las biografías de Frondizi y Peña y los debates en que participaron; y en la síntesis (así como en la apertura del texto) reproduce citas textuales del prólogo de Löwy para valorar el libro. En la deferencia trasuntada por la adje-

tivación positiva y la ausencia de críticas exhibida en el texto, este reseñador aparenta ser (siguiendo a Navarro y Abramovich, 2013: 41) el clásico caso de joven científico que busca sus primeras oportunidades para publicar:

En una investigación que *reconoce pocos antecedentes* por el tema que aborda y por la *profundidad* con que se realiza, ha sido *capaz de desmontar* cada uno de los *falsos supuestos* a partir de los cuales suele abordarse el análisis de las corrientes trotskistas del marxismo.

En cinco capítulos y con *un magnífico sustento documental* Tarcus presenta la obra de *dos de los más importantes pensadores* del trotskismo latinoamericano. (Ibídem, destacado nuestro).

A.5 > Otra es la situación de Alejandro Cattaruzza (1996), que al momento de publicar su reseña es especialista en historia de la historiografía y docente-investigador de la UBA. Contrastando con las lecturas de otras reseñas (que resaltan la dificultad de clasificación de la obra de Tarcus y acentúan su valoración política), la estrategia de Cattaruzza reintroduce y «normaliza» el libro reseñado mediante una descripción que ofrece una lectura de su situación actual, constatando el entorno institucional–académico en donde se forja la investigación y encuentra su lugar adecuado en tradiciones historiográficas específicas:

Este libro, *producto declarado de la investigación que el autor llevó adelante para acceder a la licenciatura en Historia en la Facultad de Filosofía y Letras, UBA*, cuenta entre sus méritos el de desafiar el anhelo de la clasificación. (Cattaruzza, 1996: 137, destacado nuestro).

Parece entonces pertinente, a pesar de alguna precaución del autor, instalar este trabajo entre aquellos que vienen estudiando el mundo de la cultura argentina en el siglo XX. (...) Así, la obra puede considerarse también un aporte de interés a la historia de la política en la Argentina, y en un sentido cercano al de Prochasson, al de la «historia de los intelectuales». (Ídem: 138, destacado nuestro).

A diferencia de anteriores reseñas analizadas, la de Cattaruzza reintroduce la valoración de la politización no como algo inherente al objeto o a las distinciones analíticas propuestas, sino como inherente al campo historiográfico en tanto esfera institucional autónoma. Para ello, se enuncia como conocedor del tema (cuando menciona que ha publicado sobre ello «en otras ocasiones»), y opera una re-entrada tanto del ethos observado en la observación (*de te fabula narratur*) como del campo léxico para reformular los significados asociados: aquí recurre a la *concesión retórica*, mediante la cual el enunciador finge estar de acuerdo con su interlocutor-adversario imaginado sobre algún punto, que luego podrá refutar hasta llegar a la *apodixis* (descalificar por absurda la argumentación de Tarcus si se llevan sus premisas hasta las últimas consecuencias), para así reformular las distinciones iniciales, entre historia y política, hacia la disyunción «técnicos/intelectuales»:

Tarcus sostuvo, en el comienzo de su libro, que «la motivación original de esta tesis (...) no fue académica sino política» (p.13) y se propuso, como uno de sus objetivos explícitos, contribuir a la construcción de una genealogía, a la invención de una «tradición», en la cual inscribió su propia tarea intelectual. (...) Acerca del primer espacio, sobre el cual concentraré mi atención, en el libro se plantea un diagnóstico: durante los últimos tiempos, en la Argentina se habría producido una «transfiguración de la intelectualidad (...), que en el campo historiográfico adoptó la modalidad de una despolitización de la historia» y de «un encierro corporativo» (p. 308). Tarcus parece emprender, entonces, una tarea con motivaciones políticas desde los márgenes de una corporación despolitizada.

En mi opinión, el diagnóstico que el autor propone acerca del estado del campo historiográfico merece compartirse inicialmente. Coincidir con sus líneas generales no significa, sin embargo, asumir sin más aquella distinción planteada por Tarcus entre motivaciones académicas y políticas, que parece hallarse en su base. Debo reconocer que la construcción de su tradición exigía aceptar esa distinción, ya que reclamaba un margen presente, actual, en el cual ubicarse. Concedo también que el autor sólo se refiere al impulso original, y que aún podría argumentarse que la autonomía relativa del campo es tal que permite, en la actualidad, reconocer motivos plenamente académicos y motivos plenamente políticos. Pero admitir esta escisión es admitir, al mismo tiempo,

la posibilidad de existencia de una academia fuera de la política, de una academia sin política y de un criterio claro y firme para distinguir dos series de prácticas intelectuales, criterio que el propio libro de Tarcus pone en cuestión a través de su mera presencia. Si, en cambio, se reconsidera esa distinción, aparece como tarea posible la búsqueda de las dimensiones políticas presentes tanto en el discurso que sobre sí misma circula en la «corporación», como en las prácticas que genera y en el tipo de historiador que promueve. Porque, y estimo que Tarcus puede compartir la opinión, en el espacio profesional se desarrolla también una lucha por el poder cuyas consecuencias se expanden más allá (...). Es posible, incluso, pensar que esta tarea debe incluir un debate acerca de los modos de concebir nuestra condición de historiadores: he señalado en otras oportunidades que, en última instancia, se trata hoy de pensarnos técnicos (profesionales, en la interpretación de Tarcus, que creo cercana), que sólo manejan con prolijidad las reglas del oficio o, como prefiero, intelectuales, cuyo dominio de un saber específico les habilita, y casi les obliga, a promover y participar de una discusión político-cultural amplia. En mi opinión, el despliegue de estas líneas de reflexión permite sostener un balance de la situación del campo historiográfico aún más severo que el propuesto por Tarcus, ya que ponen a consideración cuánto tiene de ideológica una «despolitización» que desconoce su propia naturaleza política. (Ídem: 139–140).

A.6 > Más interesante se torna la reseña de Carlos Correas (1999) —filósofo, ensayista, novelista y docente— dada su posición excéntrica tanto de los círculos académicos como de los político–partidarios. Inicialmente, Correas vertirá las armas retóricas del *sarcasmo* para atacar el *ethos* exhibido en el libro de Tarcus:

El marxismo olvidado en la Argentina (...) es un libro francamente removedor. Por un lado conmueve que el autor declare que ha vivido la impaciencia y los reclamos de su mujer y de su hijo durante la afanosa redacción, y, por el otro, que se trate de una tesis que ha sido evaluada generosamente por un adoquinado tribunal en trío. Así, el autor nos inquieta: se confiesa y nos comunica vértigos del todo amorosos, propios de emisiones radiales de las cuatro de la mañana, cuando los desvanecimientos se intensan (: 91).

La mofa de Correas invierte la epopeya del historiador–militante–artesano en un *patetismo melodramático* que alcanza a las categorías centrales postuladas por Tarcus (como es el caso de la concepción «trágica» de su historia) e incluso a la competencia intelectual del autor y de los miembros del entorno académico que evaluaron su tesis:

Me concedo indicar, desde el inicio, algunos arrebatos de Horacio Tarcus. Por ejemplo, «Kant...: pensador trágico del siglo XVIII» (?) ¿Ha estudiado Tarcus o, al menos, ha leído a Kant? (...) Y nos dice de Karl Jaspers: «atravesado por una potente corriente anticapitalista romántica que se presentó como “conciencia trágica”». ¿Qué es esto? Se trata de una cita de una cita de una cita... ¿Por qué Tarcus no emprende aquí lecturas directas? (...) Es un quehacer escabroso, por cierto, pero Tarcus comprobaría la vaciedad de su categorización de Jaspers, lo que no es poca ganancia; digamos: una catarsis. Catarsis quizás inevitable pues, según Tarcus, la versión primera y la final de su texto fueron leídas por lectores «críticos» e «implacables». ¡Vaya si hubiesen sido complacientes! (1999: 91–92, cursivas en el original, subrayado nuestro)

Pero la concepción de «lo trágico» que hallamos en este libro no es la griega, desde luego, sino la de Tarcus, tan sugestiva como aquélla, aunque, para mi sensibilidad y mi entendimiento, demasiado próxima al patetismo, al extremo de confundirse con éste. Era, empero, lo esperable en este libro, tan sobrecargado de infelicidades, si bien matizadas (Ídem: 92).

...en este libro magno e ímprobo y efectivamente trágico a la manera de Tarcus (en el que lo vemos a nuestro hombre andar a la greña con tantas mierdosidades de la literatura política argentina)... (Ídem: 94-95).

En suma: el sarcasmo de Correas opera un extrañamiento que nos habilita a lecturas alternativas posibles, más allá de las pretendidas por el enunciador-autor y por ciertas comunidades políticas y académicas relativamente establecidas.

B > Para finalizar este artículo en un sentido prospectivo, resta señalar que, para obtener resultados más sólidos y diacrónicos, acordes a la historicidad de nuestro objeto (recordemos que, para un estudio de caso, el horizonte temporal importa), debemos extendernos en la observación de la trayectoria del agente–enunciador luego de la publicación analizada, así como atender a las continuidades y mutaciones de los recursos discursivos y argumentativos que el mismo empleare en los paratextos de sus obras historiográficas posteriores.

Respecto de la trayectoria de Tarcus, podemos señalar un pronunciado acercamiento a posiciones prominentes en el espacio de producción historiográfica, en su faz investigativa (en 2002 alcanza el grado de Doctor en Historia por la UNLP y accede a la carrera de investigador independiente del CONICET; en 2003 recibe la beca Guggenheim para concretar un diccionario biográfico de la izquierda argentina), docente (profesor en la Facultad de Filosofía y Letras-UBA, en la Facultad de Humanidades–UNLP y en el IDAES/UNSAM, e invitado en universidades del extranjero) e institucional (desde 2010, el CeDInCI se constituye en unidad académica de la Universidad Nacional de San Martín, desde donde se organiza, junto con el Centro de Historia Intelectual de la Universidad Nacional de Quilmes, el 2º Congreso de Historia Intelectual de América Latina en 2014); asimismo desempeña funciones públicas haciendo valer su capital como archivista (en 2006 fue Subdirector de la Biblioteca Nacional, cargo al que renunció mediante una sonada polémica con su Director, y ex–compañero de proyecto editorial, Horacio González). En cuanto a las publicaciones periódicas animadas por Tarcus, *Políticas de la Memoria* (anuario del CeDInCI que dirige desde 1998) ocupa hoy un lugar central en el ámbito de la historia intelectual argentina; asimismo, desde 2008 Tarcus es editor y miembro del colectivo editorial de *Crítica y Emancipación*, revista de ciencias sociales dependiente del Secretariado Ejecutivo de CLACSO.

Esta trayectoria ha sido acompañada por la publicación de obras que se han vuelto referentes de la historia intelectual en Argentina: *Mariátegui en la Argentina o las políticas culturales de Samuel Glusberg* (2002), *Diccionario biográfico de la izquierda argentina* (2007a), *Marx en la Argentina* (2007b), *Cartas de una hermandad* (2009), *El socialismo romántico en el Río de la Plata (1837–1852)* (2016) y *La biblia del proletariado. Traductores y editores de El capital* (2018). De ellas, apenas señalaremos algunos indicios paratextuales con esperanza de profundizar el análisis en próximas indagaciones.

Por ejemplo, en el «Prefacio» de *Mariátegui en la Argentina* (Tarcus, 2002: 7–11) podemos apreciar algunas continuidades respecto a *El marxismo olvidado...*: la auto-representación del enunciador involucrado personalmente en la investigación como coleccionista/rescatista, la competencia basada en la búsqueda y compulsión documental, la epopeya del intelectual-artesano por vencer los obstáculos del conocer, «rastreado pistas», recolectando testimonios personales «vívidos» y conectando fondos documentales dispersos, en aras de reconstruir la «trama» de un nuevo «rompecabezas» (vocablos que reaparecen reforzando metafóricamente la auto-representación). Sin embargo, los cambios son significativos: las referencias de agradecimiento a una comunidad académica e institucional consolidada, la desaparición de un tono polémico y de un adversario discursivo, la exclusión de expresiones relativas a la «independencia» y la «política» vinculadas a la tarea de investigación, ofrecen una valorización del texto más acorde con una obra estrictamente académica, justificada con *apreciaciones* vertidas por el propio autor:

En cuanto a su método, el presente es, antes que un libro de *historia de ideas*, un libro de *historia intelectual* (2002: 7).

Si hemos de reparar en la «Introducción» al *Diccionario biográfico...*, el párrafo final con sus reconocimientos y agradecimientos valoriza lo que en 1996 (: 13) era anatema, matizado por vínculos que integran al autor con el mundo académico, intelectual y editorial dominante:

Esta obra no se hubiera concretado sin el apoyo que le brindó Ricardo Piglia al postular el proyecto para la Beca Guggenheim, la generosa evaluación que del mismo hicieron Tulio Halperín Donghi, Sandra McGee Deutsch y Michael Löwy, los consejos siempre sabios de Adolfo Gilly y la confianza que desde el inicio le brindó mi editora Mercedes Güiraldes (2007a: XXX).

Cabría plantear un par de preguntas contrafácticas para agilizar la reflexión: ¿Cómo se reeditaría *El marxismo olvidado en la Argentina* en el contexto de la actual trayectoria de Tarcus? ¿Suprimiendo, reformulando o agregando comentarios moderadores a sus «Des/agradecimientos»? Estas preguntas podrían guiar

ejercicios de los estudiantes sobre el texto analizado, en particular, para identificar mitigadores y reforzadores y solicitar reformulaciones paródicas (cf. Navarro y Revel Chion, 2013: 83–89), cuestiones que aquí sólo dejaremos esbozadas para futuras elaboraciones.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Acha, O. (2009).** *Historia crítica de la historiografía argentina. Vol. 1: Las izquierdas en el siglo XX*. Buenos Aires: Prometeo.
- Alvarado, M. (2006).** *Paratexto*. Buenos Aires: Eudeba.
- Bajtín, M. (2008).** «El problema de los géneros discursivos», en *Estética de la creación verbal*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Becker, H. (2011).** *Manual de escritura para científicos sociales. Cómo empezar y terminar una tesis, un libro o un artículo*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Campione, D. (2002).** *Argentina. La escritura de su historia*. Buenos Aires: Centro Cultural de la Cooperación.
- Candia, J. M. (1998).** «Horacio Tarcus, *El marxismo olvidado en la Argentina: Silvio Frondizi y Milcíades Peña*»; *Estudios Latinoamericanos*, nueva época, año V n° 10, julio–diciembre. México D. F.: UNAM. Disponible en <http://www.revistas.unam.mx/index.php/rel/article/view/51826/46234> (última consulta: 29/03/19).
- Carlino, P. (2005).** *Escribir, leer y aprender en la universidad. Una introducción a la alfabetización académica*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Castillo, C. (1997).** «A propósito de “El marxismo olvidado”. Tarcus reinventa a Peña y Frondizi. Anatomía de una mistificación»; *Lucha de clases*, año 1 n°1 (s/d).
- Cattaruzza, A. (1996).** «Reseña de Horacio Tarcus, *El marxismo olvidado en la Argentina: Silvio Frondizi y Milcíades Peña*»; *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana «Dr. Emilio Ravignani»*, tercera serie, n° 14, segundo semestre. Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras–Universidad de Buenos Aires–Fondo de Cultura Económica.
- Correas, C. (1999).** *Ensayos de tolerancia*. Buenos Aires: Colihue.
- Costa, R. y Mozejko, D. (2009).** *Gestión de las prácticas: opciones discursivas*. Rosario: Homo Sapiens.

Cubo de Severino, L. [coord.] (2005). *Los textos de la ciencia. Principales clases del discurso académico–científico.* Córdoba: Comunicarte.

Devoto, F. y Pagano, N. (eds.) (2004). *Historiografía académica e historiografía militante en Argentina y Uruguay.* Buenos Aires: Biblos.

Ezcurra, A.M. (2011). «Abandono estudiantil en educación superior. Hipótesis y conceptos», en Gluz, N. (ed.): *Admisión a la universidad y selectividad social. Cuando la democratización es más que un problema de «ingresos».* Los Polvorines: Universidad Nacional de General Sarmiento.

Fairclough, N. (1998). *Discurso y cambio social.* Buenos Aires: FFyL–UBA.

Ghío, E. y Fernández, M.D. (2002). *Una teoría social del discurso.* Santa Fe: FHuC–UNL (mimeo).

——— (2008). *Lingüística sistémico funcional. Aplicaciones a la lengua española.* Santa Fe: Universidad Nacional del Litoral/Waldhuter.

Hyland, K. (2003). *Second Language Writing.* Nueva York: Cambridge University Press.

——— (2004 [2000]). «Disciplinary Cultures, Texts and Interactions», en *Disciplinary Discourses. Social Interactions in Academic Writing.* Michigan: University of Michigan Press.

Hyland, K. y Tse, P. (2004). «Metadiscourse in Academic Writing: A Reappraisal»; *Applied Linguistics*, Volumen 25, tomo 2, junio. Oxford: Oxford University Press.

Kohan, N. (1999). «Reseñas: Horacio Tarcus, *Silvio Frondizi y Milcíades Peña. El marxismo olvidado en la Argentina*»; *Prismas. Revista de Historia Intelectual* n° 3. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.

Kress, G. y Van Leeuwen, T. (2006). *El discurso multimodal. Los modos y medios de la comunicación contemporánea.* Buenos Aires: Cuadernos de Sociolingüística y Lingüística Crítica n° 8, OPFyL.

Lotman, I. (1996). «El texto en el texto», y «El texto y la estructura del auditorio», en *La semiósfera I.* Madrid: Cátedra.

Mangone, C. y Warley, J. (1992). *El manifiesto. Un género entre el arte y la política.* Buenos Aires: Biblos.

Martin, J. y Rose, D. (2008). *Genre Relations. Mapping culture.* Londres: Equinox.

Menéndez, S.M. (2012). «Multimodalidad y estrategias discursivas: un abordaje metodológico»; *ALED. Revista Latinoamericana de Estudios del Discurso*, vol. 12 n° 1. Colombia.

Merlinsky, M.G. (2008). «Agregando valor a los estudios de caso: reflexiones desde la trastienda de la investigación»; ponencia presentada en el *I Encuentro Latinoamericano de Metodología de las Ciencias Sociales*. La Plata, 10 al 12 de diciembre.

Natale, L. [coord.] (2013). *En carrera: escritura y lectura de textos académicos y profesionales*. Los Polvorines: Universidad Nacional de General Sarmiento.

Navarro, F. y Abramovich, A.L. (2013): «La reseña académica», en Natale, Lucía [coord.]: *En carrera: escritura y lectura de textos académicos y profesionales*. Los Polvorines: Universidad Nacional de General Sarmiento.

Navarro, F. y Revel Chion, A. (2013). *Escribir para aprender. Disciplinas y escritura en la escuela secundaria*. Buenos Aires: Paidós.

Noiriel, G. (1997). «"Universo Histórico". Una colección de historia a través de su paratexto (1970–1993)», en *Sobre la crisis de la historia*. Madrid: Cátedra.

Pagano, N. (2010). «La producción historiográfica reciente: continuidades, innovaciones, diagnósticos», en Devoto, F. (dir.): *Historiadores, ensayistas y gran público: la historiografía argentina, 1990–2010*. Buenos Aires: Biblos.

Pasqualini, M. (1997). «Pensar y morir en Argentina»; *Razón y Revolución* n° 3, invierno. Buenos Aires: Ediciones RyR. Disponible en <http://www.revistaryr.org.ar/index.php/RyR/article/view/467/481> (última consulta: 29/03/19).

Roldán, A. (1997). «Olvidados por el marxismo (Milcíades Peña–Silvio Frondizi)»; *En defensa del marxismo*, año 6, n° 16, marzo. Buenos Aires: Rumbos.

Romero, L.A. (1996): «La historiografía argentina en la democracia: los problemas de la cosntrucción de un campo profesional»; *Entre pasados* n° 10, Buenos Aires.

Rose, D. y Martin, J. (2012). *Learning to Write, Reading to Learn. Genre, Knowledge and Pedagogy in the Sidney School*. Londres: Equinox.

Skinner, Q. (2007). *Lenguaje, política e historia*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.

Tarcus, H. (1996). *El marxismo olvidado en la Argentina: Silvio Frondizi y Milcíades Peña*. Buenos Aires: El Cielo por Asalto.

——— (2002). *Mariátegui en la Argentina o las políticas culturales de Samuel Glusberg*. Buenos Aires: El Cielo por Asalto.

——— [dir.] (2007a). *Diccionario biográfico de la izquierda argentina. De los anarquistas a la «nueva izquierda» (1870–1976)*. Buenos Aires: Emecé.

——— (2007b). *Marx en la Argentina. Sus primeros lectores obreros, intelectuales y científicos*. Buenos Aires: Siglo XXI.

——— [ed.] (2009). *Cartas de una hermandad. Leopoldo Lugones, Horacio Quiroga, Ezequiel Martínez Estrada, Luis Franco, Samuel Glusberg*. Buenos Aires: Emecé.

——— (2016). *El socialismo romántico en el Río de la Plata (1837–1852)*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

——— (2018). *La biblia del proletariado. Traductores y editores de El capital*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Trímboli, J. (1998). *La izquierda en la Argentina*. Buenos Aires: Manantial.

White, P. (2000). *Un recorrido por la teoría de la valoración*. Versión digital, traducida por Elsa Ghio. Disponible en http://www.grammatics.com/appraisal/spanish_tr/spanishtranslation-appraisaloutline.pdf (última consulta: 29/03/19).